

bastante grandes y numerosos para poderse mostrar ingrato con él en adelante sin grandes inconvenientes.

Siguió á Carlos V en su expedición á Argel, pero perdió todas sus joyas en un naufragio, y sólo pudo lograr salvarse á nado; le mataron en seguida en una batalla el caballo que montaba, y sin embargo, el emperador llegó hasta el punto de negarle una audiencia. Indignado de esta ingratitud brutal, atravesó un día la multitud, y adelantándose hasta el coche del emperador, que le preguntó quien era: *Yo soy*, le contestó Cortés, *el conquistador de Méjico; yo soy aquel que os ha dado más provincias que ciudades os dejaron vuestros abuelos.*

No se echa en cara impunemente á los reyes su ingratitud. Carlos V, que no había contribuido á aquella grande empresa, ni con sus tesoros ni con su dirección, dejó morir oscuramente en Sevilla al que la había llevado á cabo. Cortés tenía entonces sesenta y dos años.

Moteczuma y Guatimozin estaban bien vendidos; ¿pero era Carlos V quien debía encargarse de esta misión?

CAPITULO V

Perú.

El feliz éxito de Cortés reanimó el gusto por las aventuras, que al parecer se iba disminuyendo, no pareciendo demasiado vasta ninguna esperanza ni demasiado atrevida ninguna empresa. Ya hemos dicho cómo Balboa, después de haber atravesado el istmo de Darien, fué informado de la existencia de un gran país al Sud, riquísimo en los metales, que era el único deseo de los europeos. Este país era el Perú; pero era muy difícil á los españoles establecidos en Panamá llegar á él, no sólo por la distancia considerable, sino también por las lluvias excesivas bajo un clima mortífero, y por los bosques impenetrables que había que atravesar. Pedro Arias Dávila, llegado en calidad de virrey al país donde se había manchado con el asesinato de Balboa, no encontró en él más que grandes fatigas que sufrir, en lugar de los tesoros que se había prometido. La falta de las comodidades más indispensables de la vida y la insalubridad del aire, causaron la muerte de seiscientos de estos aventureros, y

los otros, mal refrenados, se mostraban muy arrogantes y amenazaban á los caciques. Velasco era también demasiado débil para emprender por sí el descubrimiento, y demasiado envidioso para dejar que otros lo hiciesen. Trascurrieron, pues, algunos años sin que se volviese á hablar de este asunto, hasta que después llegó el momento en que Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando Luque se consagraron con obstinación á la realización de la empresa. El primero, nacido en Estremadura, de una unión ilegítima y reducido á guardar puercos, era extraño á todo sentimiento de familia y de humanidad. Después de haberse distinguido en las guerras de Italia por un valor feroz, marchó á la América, donde había ganado dinero y adquirido tierras. Almagro no reunía al valor de un veterano esa ojeada cierta que asegura el triunfo á las sabias combinaciones. Luque, rico eclesiástico y maestro de escuela, hubiera encontrado de buena gana un obispado, donde otros iban á buscar un vireinato. Estos tres hombres pusieron en comun, Pizarro su audacia, y los otros dos sus fondos, y después de haberse jurado, sobre una hostia que dividieron, no faltarse mutuamente á la fé prometida ni á la lealtad, tomaron licencia de Pizarro, que se hizo á la vela para un mar desconocido, con un buque que llevaba ciento y diez hombres.

Llegó en la peor estación, y así es que en los diversos desembarcos que hizo, sólo encontró pantanos y bosques impenetrables. A pesar de su indomable persistencia, las fatigas y las enfermedades acabaron con sus compañeros, viéndose obligado á resolver su regreso después de tres años de ensayos sin resultado, en medio de las burlas y de los apodos. Hasta en Panamá se compusieron canciones en que se trataba á Pizarro de carnicero, burlándose á la vez de sus asociados; á Almagro, que suministraba las provisiones, le llamaban vendedor de bueyes, y al último lo trataban de loco. El gobernador Pedro de los Rios prohibió el enganche de hombres para este objeto, y mandó recojer los pocos que habían vuelto.

Pero Pizarro, lejos de desalentarse, trazó con su espada una línea en la tierra, y exigió que la atravesasen todos los que renunciaban á los tesoros que él prometía. Todos aceptaron

el partido propuesto, excepto doce, con los cuales sufrió las más duras privaciones en la isla de la Gorgora, sirviendo esto para fortificar más su valor. Apenas se le envió un buque desde Panamá, se embarcó de nuevo para el Perú, adonde llegó al fin, después de veinte días de navegación.

Al descubrir por todas partes señales de la industria y de las comodidades de la vida, campos cultivados y habitantes bien vestidos, comprendió que no tenía que habérselas con una horda de bárbaros, y que no podría establecerse allí con la poca gente que llevaba; en vista de lo cual regresó, refiriendo estas buenas noticias.

No quedaban bastantes fondos á los tres asociados para proseguir la empresa; pero su valor y su obstinación estaban lejos de ceder. Pizarro pasó á España y allí prometió montes y maravillas. Fué oído por el rey y se le nombró gobernador y capitán general de todos los países que pudiese ocupar, sobre una extensión de doscientas leguas al Sud del río de Santiago. Cortés le suministró de su bolsillo algunas sumas de dinero y lo mismo hicieron muchos de sus parientes. El obispado se asignó á Luque, y Almagro, á quien sólo se le reservó el mando de una fortaleza, concibió por esto un vivo despecho; pero se consiguió por fin apaciguarlo, y muy pronto se renovó la alianza entre los tres asociados. Hombres de este temple inspiraban, sin embargo, poca confianza; así es que se presentaron pocos voluntarios para una expedición tan arriesgada, y sólo se pudieron reunir tres barcos pequeños con ciento veinte personas y treinta y seis caballos.

Mientras que Almagro permanecía quieto reclutando gente, partió Pizarro, que á los trece días arribó á la bahía de San Mateo, desde donde, dirigiéndose hácia el Mediodía, llegó á una ciudad tan rica en oro y plata, que no le quedó ninguna duda acerca del éxito feliz de su empresa. Envío al momento á Panamá y á Nicaragua una muestra de estos tesoros, lo que bastó para atraer á su lado un gran número de aventureros.

Marchó entonces hácia la capital, anunciándose como embajador de un soberano poderoso, diciendo que los pocos hombres que le acompañaban no anunciaban por su parte intenciones hostiles.

La primera palabra que oyeron pronunciar los españoles en el país, hizo que le diesen el nombre de Perú. Contaban los naturales que sus antepasados habían hecho una vida salvaje, hasta que el Sol, su padre, compadeciéndose de ellos, les había enviado seres sobrehumanos para instruirlos. La tradición varía aquí, según los países y aun según las personas; la más general, á lo que parece, designa á Manco-Capac, que habiendo venido del Norte con Mama Oella, su mujer, y su hermana, fundó á Cuzco, capital del reino, sometió y civilizó los pueblos inmediatos, y comenzó la raza de los Incas, que reinó sin interrupción en este país.

Estas tradiciones fabulosas merecen ménos atención que los monumentos de que está lleno el reino, los cuales anuncian una civilización anterior. Había en Tiauanacu palacios y muchas estatuas, así como moles de piedras enormes. En la orilla del lago Schiouncytu se veía una plaza de treinta y cinco piés cuadrados, rodeada de casas, con dos pisos y una sala cubierta, de cuarenta y cinco piés de longitud y veintidos de latitud, formando toda una sola pieza llena de multitud de estatuas. Estas construcciones se atribuían á una nación en la cual no se afeitaban los hombres y llevaban trajes diferentes á los vestidos modernos, y anterior con mucho á los Incas.

¿Se debe creer que los peruanos hubiesen vuelto al estado salvaje después de una civilización anterior? ¿Descendían de su raza los que los instruyeron de nuevo, simbolizados en Manco-Capac? Esto es lo que no se puede decidir.

Manco-Capac consiguió atraer sin gran trabajo los pueblos inmediatos á una sociedad regular; les enseñó el culto del sol, la obediencia á las leyes y el cultivo de los campos. Puso á la cabeza de cada pueblo un *curaca* para gobernarlo, elevó un templo al dios que lo había enviado é inspirado, y destinó á su servicio vírgenes consagradas. Los peruanos aprendieron de él á afeitarse la cara de un modo particular, á envolverla en una banda de tela, á llevar grandes pendientes, como él mismo los llevaba, y ellos lo adoptaron como adorno nacional; á fin de que se conservase sin marcha la raza del Sol, se casaban los Incas hermanos con hermanas.

Sinchi-Roca, hijo mayor de Manco-Capaz, dió al país la organizacion política y emprendió la conquista de los países vecinos, no como guerrero, sino como el antiguo Baco, ó como los misioneros modernos, civilizando. Edificó ciudades y arregló la administracion. Sus sucesores, unas veces pacíficos y otras guerreros, extendieron y consolidaron su dominacion, aboliendo en todas partes el culto antiguo y construyendo edificios magníficos y hermosos caminos.

Uno de los Incas habia recibido, estando durmiendo, los consejos y predicciones de un viejo, que, al revés de lo que se usaba en el país, llevaba grande barba y largos vestidos, habiéndosele anunciado como hermano del Sol, bajo el nombre de Veracoca. Los peruanos aplicaron en seguida este nombre á los españoles, cuya barba y trajes, parecidos al de aquél, hizo que los considerasen como descendientes del cielo. En recuerdo de esta vision, elevó el Inca un templo de piedra labrada de ciento veinte piés sobre ochenta, con cuatro puertas que se abrian á los cuatro puntos cardinales y enteramente descubierto, en el cual se colocó la estatua del Inca que se habia aparecido al príncipe. Su sucesor edificó otros palacios y ciudades, y dió al país buenas instituciones. Predijo que muy pronto vendria una nacion á destruir el imperio y la religion.

No contribuyeron poco al triunfo de los europeos esas coincidencias y profecias, pues acogidos en un principio como enviados del cielo, fueron despues tenidos como un mal inevitable.

Cada uno de estos pueblos tenía un modo distinto de bailar y una manera diferente de arreglarse la cabeza. En los dias más solemnes formaban una rueda en la gran plaza del Cuzco, cogiéndose de la mano, en número de trescientos algunas veces; despues iban al centro del círculo uno tras de otro para ejecutar allí un baile á su manera y para cantar alabanzas al Inca. Huyana mandó construir, cuando nació su hijo, una cadena de oro que podia rodear toda la rueda; tenía setecientos piés de longitud, y su peso era tal, que apenas podian llevarla doscientos hombres robustos. Esta cadena, objeto de desesperacion para los españoles, que no pudieron nunca encontrarla, dió al recién

nacido el nombre de Huascar, cuya palabra significa *cadena*.

Tomamos estos detalles de Garcilaso de la Vega, descendiente de los Incas, quien los habia oido á un viejo abuelo suyo, poco tiempo despues de la conquista. Pero él ha aumentado los cuentos de la tradicion y de la supersticion embelleciéndolos, para conformarse al uso comun entonces en España. No se cuida de separar lo verdadero de lo falso, lo cual le hubiera sido muy fácil con el conocimiento que tenía de la lengua, en una época en que aún sobrevivian tantos recuerdos borrados despues por el tiempo y por la dominacion extranjera.

Puede verse, sin embargo, por él, como por otros contemporáneos y por los monumentos que han quedado, que los peruanos formaban un pueblo que marchaba por la buena senda de la civilizacion. Los Incas gozaban de un poder absoluto, y sólo los miembros de su familia ejercian los empleos importantes, así como el sacerdocio; cuatro tenientes gobernaban los cuatro principales distritos, y cada uno de ellos estaba auxiliado por un consejo de Incas, lo mismo que el emperador, á quien daban cuenta de sus actos. Los curacas, gobernadores hereditarios de las provincias, formaban una nobleza de segundo orden, y todos los años enviaban al rey un presente del oro, pedrería, maderas preciosas, bálsamos, tintas y otras producciones cuyo uso no exigia el servicio público. Los curacas debian ir á Cuzco cada dos años para dar cuenta de su administracion; enviaban tambien á esta ciudad sus hijos mayores para instruirlos en la lengua, usos y leyes.

Se llevaba registro de la poblacion por medio de un jefe elegido de cada diez familias, otro de cada cincuenta y otros de cada ciento, quinientas y mil; estos jefes, dispuestos jerárquicamente, debian dar cuenta de las personas que se mudaban de la jurisdiccion. Los padres eran castigados cuando cometian alguna falta sus hijos, lo cual producía una tiranía doméstica de las más terribles. Se prodigaba la pena de muerte, y hasta se aplicaba al juez que habia interpretado mal la ley. La opinion en que estaban los peruanos de que la menor falta era un ultraje á la divinidad, los inducía á denunciarse unos á otros. Si se cometía un crimen, el jefe de las diez familias debía presen-

tar su informe, y las leyes no dejaban nada al arbitrio de los Incas.

En las cabañas, que estaban dispuestas de mil en mil en los caminos, habia apostados cinco ó seis hombres que trasmitian las noticias de un puesto al otro, haciéndolas correr con una extremada rapidez desde las provincias á la córte ó desde ésta á los curacas.

Los únicos propietarios eran el Sol, el Inca y los comunes. Así que á falta de posesiones privadas, todos los trabajos se hacian en comun, y aún los particulares estaban obligados á cultivar las tierras del Inca y del Sol, practicándose lo mismo respecto á los puentes, caminos, fabricacion de armas y demas necesidades del gobierno. Los hijos del Sol cultivaban tambien un campo cerca de Cuzco, á lo que llamaban triunfar de la tierra. La autoridad de los Incas era absoluta como en todo gobierno teocrático, y la desobediencia á sus personas se consideraba como una impiedad.

Entre las obligaciones comunes á toda la nacion, parece que se contaba la de construir las habitaciones del Inca, y de los grandes, así como la de cultivar sus vastos dominios. Los peruanos estaban muy adelantados en el cultivo de los campos: habian sabido dirigir las aguas por medio de canales á los terrenos arenosos en que nunca llovía, arreglando el nivel de aquéllas y su distribucion. Sostenían las tierras que estaban en declive, por medio de paredes escalonadas, y las abonaban con el excremento de los pájaros y con los pequeños pescados que arrojaba el mar en abundancia á la playa.

Su moral se reducía á tres prohibiciones: á no ser ladrones, viciosos, ni embusteros. Como estaban persuadidos de que los desastres públicos y privados provenian de los crímenes cometidos, iban á denunciar á los jueces áun aquellos que cubria el secreto; y si hemos de creer á Vega, todo lo más que se cometía en territorio tan vasto en todo un año, era un delito punible. No es, pues, extraño que Acosta considere á los peruanos como superiores á los griegos y á los romanos en cuanto á sus instituciones políticas.

Se citan leyes muy sábias de estos reyes bárbaros, que, como dice Acosta, consideraban como su principal riqueza el amor y las bendiciones de sus súbditos. Regia los comunes un

estatuto municipal, y estaba prohibido el uso de los metales preciosos y de las piedras por un reglamento suntuario; los habitantes de cada canton, bajo la presidencia de los curacas, se reunian dos ó tres veces al mes en un banquete y se divertian todos juntos, sin excluir á los pobres. Habia destinados almacenes públicos para alimentar y vestir á los ciegos, mudos, sordos, estropeados, viejos, enfermos y á cualquiera que no podia trabajar. Los que estaban debilitados por la edad los mantenía el comun, y se les encargaba espantar los pájaros de los campos sembrados. Los que se distinguian por sus virtudes públicas ó privadas, obtenian trajes contruidos por las personas de la casa real. Nadie estaba dispensado de trabajar despues de cumplir cinco años, debiendo cada uno hacerse sus vestidos, su casa y sus instrumentos de agricultura. Las puertas de las casas debian estar abiertas en las horas de descanso, á fin de que los jueces pudiesen entrar y ver lo que pasaba en ellas.

Es evidente, pues, que el legislador del Perú quiso obrar sobre las masas reformándolas con el auxilio de una obediencia casi monástica. Los hombres estaban reducidos á la condicion de máquinas animadas y divididos en castas, cada una de las cuales se habia consagrado á un trabajo determinado, sin poseer nada propio, pero produciendo en beneficio de la comunidad; sistema muy favorable para la ejecucion de grandes obras, mas no para el progreso, que no puede nacer sino de los esfuerzos de la libertad individual.

Ningun país puede vanagloriarse de poseer caminos más hermosos; pero las únicas bestias de carga que tenían era el lama y el guanac, animales poco inteligentes. Los rios y los vallados se atravesaban por medio de puentes, formados muchas veces de cuerdas tirantes, por las cuales se escurrian los viajeros metidos en una cesta. Los restos de los canales, diques, fortificaciones formadas de grandes montones de piedras, y otros objetos de sorpresa para los conquistadores, excitan todavía la admiracion. La mayor parte son de construccion ciclópea. Se encuentran, en efecto, en los edificios peruanos grandes montones de piedra colocados á grande altura, pero no sabian aún igualar las piedras, limitándose á arreglar la piedra in-

ferior para que la superior encajase bien, operación muy difícil y fastidiosa. No conocían el uso de los ladrillos ni de la cal. La fortaleza de Cuzco, principalmente, era maravillosa; estaba construida con peñascos de que no es fácil formarse idea, sacados y llevados á aquella elevación por el sólo esfuerzo de miles de brazos.

Pero extraños enteramente al arte de carpintería, no sabían construir los techos, ni procurarse las comodidades interiores. Esculpían muy toscamente; mas sin embargo, no carecían de elegancia y finura los vasos encontrados en sus sepulcros. Recogían el oro en los ríos, sacaban la plata de las minas, pero sólo en la superficie de la tierra, y sabían fundir el mineral. El cobre mezclado con el estaño les servía para hacer los instrumentos destinados á trabajar las materias duras.

Cuando moría un Inca, la habitación que había ocupado en cada uno de los palacios, estaba amurallada con todos los muebles, y se preparaba otro para su sucesor. Con objeto de que las solemnidades no fuesen turbadas por la intemperie del aire, los Incas reunían á sus palacios extensos salones que podrían contener varios millares de personas; y como no conocían la bóveda, estaban cubiertos de vigas. El interior de los aposentos reales resplandecía de pedrería, metales preciosos, tapices y figuras de hombres y animales. Los utensilios para todos los usos de la vida eran allí de oro y plata; encontrábanse también soberbios jardines, baños, exquisitas mesas, aunque generalmente eran muy sóbrios. El rey salía en una caja de oro, y los hombres de cierta provincia tenían obligación ó el privilegio de llevarle, así como los de otras desempeñaban á su intermediación otros servicios. La caza les era reservada, como también á los gobernadores ó curacas.

Los miembros de la familia real debían, á la edad de diez años, para obtener la categoría de Inca, ser sometidos á la prueba de un ayuno de seis días, tan riguroso, que todo el alimento consistía en un puñado de granos de maíz. El que no podía soportarle era desechado; el que, por el contrario, lo sufría hasta lo último, pasaba, después de haberse hartado, á la prueba de la carrera, del pugilato, de la lucha, del tiro de piedras y flechas y de la más ruda disciplina. Cuando había salido de ellas con honor, su

madre y su hermana le arrojaban sus cendales con cordones trabajados por sus propias manos; era después presentado al emperador, de quien recibía la banda de tela de algodón, y este acontecimiento se celebraba con fiestas. El mismo heredero presuntivo no estaba exento de estas pruebas.

Los peruanos conocían muchas sustancias medicinales, entre las cuales citaremos la quina. Tenían nociones de astronomía, aunque sólo las aplicaban al sol, á la luna y á Venus, y habían dispuesto ocho torres por parejas, de manera que el sol saliese por entre ellas en los solsticios y en los equinoccios. Poco sabemos de su calendario.

No sólo calculaban con sus *quique* ó cordones con nudos, sino que también conservaban el recuerdo de los acontecimientos, variando los colores y los hilos con gran destreza.

Representábanse comedias y tragedias en las fiestas de la corte, y cantos celebraban las acciones de los héroes ó expresaban las afecciones del alma. Pero estos pueblos, que ignoraban la escritura, no pudieron hacer grandes progresos. Cada provincia tenía su lengua particular; pero á medida que eran conquistadas, se obligaban á aprender la del Cuzco. La corte hablaba un idioma particular desconocido á los demás habitantes.

Los peruanos tributaban culto al sol, considerado sólo tal vez como el ministro del Todopoderoso Pachucamac; pero en lugar de sacrificios humanos, le ofrecían conejos, harina y frutos. Mil quinientas vírgenes, reclutadas entre las familias de los Incas, les eran consagradas, y vivían como enclaustradas, sin ver á más hombres que al emperador; y aun teniendo éste cuidado de no presentarse en el venerado recinto. Se ocupaban en trabajar las obras más finas, preparar los objetos necesarios al culto y mantener el fuego sagrado. Si les acontecía manchar su pureza, eran enterradas vivas, y tanto su familia como la de su cómplice, exterminadas.

Otros conventos estaban diseminados por el reino, y se recibían en ellos á doncellas de todas clases, con tal de que fuesen hermosas; el rey elegía entre ellas sus concubinas.

Además del sol, los peruanos adoraban diversos ídolos, que hasta pronunciaban oráculos;

eran grandes piedras esculpidas, y á veces pedazos de madera colocados sobre cojines muy ricos; estas divinidades tenían sacerdotes y riquezas propias. Además, una piedra erigida en medio de cada aldea era considerada como la deidad tutelar del lugar, é invocada, tanto en las circunstancias desastrosas, como en las prosperidades.

Los matrimonios se celebraban en épocas determinadas, según la voluntad del Inca ó de los curacas, y siempre entre parientes ó conciudadanos. Una vez casada la mujer, salía poco de su casa, donde se ocupaba en hilar y en tejer. El destete de las criaturas se celebraba con una solemnidad doméstica; su educación se verificaba después con dureza. Los muertos se colocaban en la posición de una persona sentada, y encerrados con todos sus vestidos en sepulcros tapiados ó en cuevas de familia; se construía á veces encima un macizo ó una pirámide. Se encerraban frecuentemente con el cadáver del Inca sus servidores, y las mujeres que más había amado. El luto de la nación se prolongaba por espacio de un año, acompañado de peregrinaciones, lamentaciones y ofrendas.

La mansedumbre respira en todos los actos de los peruanos, hasta en sus guerras, emprendidas para civilizar á los vencidos y aumentar el número de los adoradores del sol. Pero Mr. de Humboldt nota que había en el Perú una riqueza general y poca felicidad privada, resignación á los decretos reales más que amor á la patria, obediencia pasiva sin valor para las empresas atrevidas, un espíritu de orden extendido á las acciones más indiferentes de la vida, y ninguna grandeza de ideas, ninguna elevación de carácter. Las instituciones más complicadas que proporciona la historia de la sociedad humana, habían sofocado allí la libertad individual, y para hacer á los hombres felices se les había reducido al estado de estatuas.

Tal era el país que Pizarro se disponía á recorrer y conquistar. Huyama-Capac, duodécimo emperador, había sometido la población del reino de Quito, que le fué deudor de la civilización, de los caminos y de los canales. Aunque los Incas no pudiesen unirse más que con vírgenes de su sangre, se había casado con la hija

del rey destronado, la había preferido á cualquier otra, como también al hijo que había tenido de ella, Atabalipa, á quien dejó al morir el reino de Quito. Fué un germen de enemistad entre aquel príncipe y su hermano, el nuevo Inca Huascar que, vencido, fué cogido en su capital. Atabalipa sometió también á los voluptuosos y feroces habitantes de Tumbez, cuya ciudad embelleció con palacios y templos. Otro tanto hizo con la isla de Puna, hasta entonces indomable; pero no tardó en sublevarse, asesinando las guarniciones del Inca. La terrible venganza que ejerció fué el asunto de los cantos nacionales. Subyugó y civilizó además otros pueblos; pero estas expediciones le costaron torrentes de sangre.

Había hecho abrir, para comodidad de la guerra, un magnífico camino de Cuzco á Quito, cuya distancia es de quinientas leguas; otro camino costeaba el mar, lo cual facilitó la llegada de los españoles.

Atabalipa, después de haber dado audiencia á la embajada de Pizarro, le envió regalos y le dejó adelantarse sin obstáculos hasta Casamarca.

Hasta quiso salir á su encuentro para visitarle y desplegar su magnificencia. Llegó precedido de cuatro correos, llevado en una rica litera forrada de plumas de papagayo, vestido con un traje de plumas sujeto con broches de plata y oro, con una comitiva de cortesanos, con un aparato no ménos espléndido. Detrás de ellos iban cantores, danzantes y hasta treinta mil soldados.

Todo entre ellos era ruido y aplausos, al paso que un sombrío silencio reinaba en las filas de los españoles, dispuestos en buen orden por Pizarro. Teniendo á la vista el ejemplo de Cortés, se resolvió á imitarle, sacrificando al éxito la buena fé y la lealtad.

Habiéndose adelantado á algunos pasos de la tropa el capellan Valverde, habló en el sentido habitual, exponiendo al Inca cosas incomprendibles para él, excepto cuando concluyó su discurso invitándole á hacerse cristiano y vasallo de la España. Apenas contestó Atabalipa con una justa indignación á semejante salida (1532), cuando Pizarro, á la cabeza de un puñado de gentes de las más resueltas, se arrojó á él, derribó todo lo que se resistía y le hizo prisione-